



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 3. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Enero 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

#### SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Traje blusa para niña.—Traje para señora de edad.—Traje para jovencita.—Traje para niño de un año.—Traje para niño de 2 á 5 años.—Paletot matalasé.—Paletot guarnecido de piel.—Traje para recibir visitas.—Traje de baile.—Salida de baile.—Traje para reunión ó teatro.—Traje de baile adornado de rosas.—Paletot recto para joven.—Túnica guarnecida de piel.—Traje con túnica mantelo.—Traje con túnica y chaqueta.—Vestido adornado con lazos.—Bolsa para el calzado.

—Calendario de salón.—LITERATURA: Una deuda de veinte años, por Sofía Tartilan.—El iris de paz, por Teodoro Guerrero.—Los celos del Kalifa, por Nicolás Díaz y Pérez.—La literatura dramática, por Bernardo Aparicio.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Bibliografía, por J.—Charada.—Logogrifo.—Correspondencia.—Explicación del figurín.

#### REVISTA DE MODAS.

La variedad de la Moda, cada vez más censurada por amigos y enemigos, tiene la inapreciable ventaja de permitir á la mujer vestirse como más convenga á su talle ó á su género de belleza. Puede afirmarse que en el terreno de la Moda hemos roto las cadenas de nuestra esclavitud, y cayó la tiranía de hacernos á todas lucir el talle con una túnica ceñida, ó tener la cara más ó menos boba con un sombrero imperio: hoy va tan elegante la mujer con la coraza, que deja lucir la esbeltez del cuerpo, como con el paletot holgado y corto de gran manga griega; tan distinguida con el sombrero alsaciano de ala levantada, como con el sombrero birrete Enrique III, guarnecido de pluma y piel. Así, pues, la señora que no se adorne con gusto, no será culpa de la Moda. No obstante, esta tiene su carácter propio, del que no es posible prescindir por completo.

Los trajes hechos en París para las visitas oficiales de Año Nuevo, obedecen todos á la nueva hechura de faldas lisas y estrechas, sin pouf ni recogidos por detras, sino montadas con la gran tabla *Bulgare*, tres veces doble, que se apunta por dentro hasta la mitad de la falda, para que no pierda su forma, hasta cerca de la cola: este género de trajes que se hace en faya, terciopelo, matalasé, brocatel y demás telaricas, se adornan solo por delante en plegados ó bullones, generalmente en forma de delantal puntiagudo, que suele completarse con la túnica *Mantelo*. De esta misma hechura se hacen trajes para baile y concierto en telas ligeras ó en telas ricas. La combinación de dos telas, así para calle como para salón, goza de más favor cada día, y ofrece ancho campo al capricho y gusto de las buenas modistas. Entre los que se han hecho en París últimamente para las fiestas y visitas de esta época, he podido admirar uno de terciopelo verde y faya de tono más claro, de terciopelo la parte de adelante de la falda, con plegados y ruches de faya, la parte de atras de faya y la coraza y mantelo de terciopelo; otro de cachemir y faya azul marino, con túnica cuadrada por un lado, recogida por el otro y sin nada de pouf interior, sino dejando caer naturalmente los pliegues de la tela; otro para baile en tarlatana blanca con esta misma hechura de delantal de punta, formado por bullones ó ruches, de in-



1. 2. 3. 4. 5. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. Vestido blusa para niña. 2. Traje de casa para señora de edad. 3. Traje para jovencita. 4. Traje para niño. 5. Vestido para niño.

mensa cola, y todo él sembrado de cristal; y otro de faya azul luz, con gran tabla por detras, adornada de un zigzag de encaje blanco y mantelo y coraza de encaje también. Para trajes de baile, los cuerpos-coraza se hacen escotados y con gran aldeta; los talles cada vez más largos, las faldas de inmensa y puntiaguda cola.

Como adornos, el azabache se sostiene siempre, y es rara la señora que no tiene un traje negro con azabache

net, en la Puerta del Sol, son de alas más anchas, fondos más bajos y grandes plumas caídas hácia atras. Los de calle casi todos llevan un ala tornasolada, á la que forman nido lazadas de faya ó un plegado en ruche de encaje.

Los peinados continúan prolongándose por detras en tirabuzones ó trenzas sujetas á su mitad con un lazo, peinado que favorece mucho con el sombrero actual, y

ó sin él en faya y terciopelo. Estos trajes sirven para calle, visita y teatro. Las plumas, que son adorno característico de este año, han cedido su lugar para trajes de calle á las pieles, que no se deshacen con el aire ni la humedad: el renard plata y dorado figura en primer término, así como el zorro azulado y la marmota; la marta y la chinchilla son pieles que pueden usar siempre la señora que las tenga, porque, como los brillantes, tienen en sí mismas su valor; en cambio, para reunión y comida de etiqueta, la pluma es el adorno preferido, y con ella se adorna la faya, el terciopelo, el matalasé y los ricos brochados que vuelven á estilarse: estos adornos de pluma se confeccionan en tira, en grupos, y las hay de reflejos tornasolados y de los mismos colores de los vestidos: Elisa Grenet ha recibido adornos de pluma ideales, y realza con ellos trajes de tanto gusto como magestad. Los adornos de flores son siempre propios de las jóvenes, y hacen gran papel sobre los vestidos ligeros de baile.

En sombreros tendria tanto que decir, que no sé por donde empezar: jamás el sombrero ha ostentado tan variadas formas ni tal profusion de adornos. Se hace de terciopelo, de castor y de faya: se adorna con encajes, con cintas, con flores, con plumas, con cristal, con perlas, con lentejuela... en todo cuanto puede soñar el capricho; pero el caso es combinarlo bien. Nunca es más difícil la buena eleccion que cuando hay mucho en qué elegir. El encaje blanco perlado de cristal es de un efecto precioso sobre el terciopelo negro, y hace sombreros muy lindos para teatro: la faya de dos tonos, rosa ó azul, y la *tourquoise*, combinada con terciopelo, es tambien de buen efecto para estos sombreros, y el castor negro ó gris es el sombrero elegante de calle y paseo. La copa elevada ó el fondo bullonado empiezan á descender visiblemente, y los últimos que han llegado á casa de Mad. Gre-



que resulta distinguido con los trajes de salón. Por delante se dispone siempre el cabello con bandós rizados y sortijillas u ondas vaporosas hacia la frente: la parte superior de la cabeza se redondea con bucles ó cecas rellenas de crepé y la parte posterior con tirabuzones de largos desiguales. Los grupos de flores, los lazos con sprit de pluma ó piedras, y las plumas correspondientes á los adornos del vestido, se colocan siempre entre los huecos del peinado.

JOAQUINA BALMASEDA.

#### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

##### 1 Á 5. TRAJES DE SEÑORA Y NIÑOS.

1. *Vestido-blusa para niña.*—Esta forma es siempre de las más usadas para traje de casa, y se hace lo mismo en tela lisa que escocesa, con bieses escoceses ó bordados de soutache; los vestidos de piqué blancos se adornan siempre con guarniciones á la inglesa.

2. *Traje de casa para señora.*—Vestido de armure color de plomo, con volante plegado en el bajo y de trecho en trecho interrumpidos los pliegues por una tabla: sobre el volante y figurando túnica, bieses, rulos de dos tonos alternados, cuyo adorno se repite alrededor de la esclavina y cuello. Delantal de seda negra: cofia de muselina blanca.

3. *Traje para jovencita.*—Vestido diagonal color reseda, adornada la falda de dos volantes, el primero plegado y el segundo fruncido con dos bieses encima de terciopelo inglés: otro biés adorna la túnica y chaqueta.

4. *Traje para bebé.*—Vestido largo de cachemir azul con terciopelitos en el bajo: delantal de nanzouk blanco con entredoses bordados.

5. *Vestido para niño.*—Pantalon, falda plegada y blusa de paño azul oscuro: el pantalon lleva un plegado en el bajo y la blusa la manga de puño.

##### 6 Á 14. TRAJES DE CALLE Y SOIRÉE.

6 y 7. *Trajes para jovencitas.*—Estos vestidos que el grabado presenta para patinar son trajes de calle de invierno, solo con la falda muy corta: para calle y paseo no necesitan otra modificación que dejar la falda del largo natural. El primer vestido es de faya negra, adornado en el bajo de volante con bieses de matalasée negro y tres sobre el volante en la falda: paletot de esta última tela, largo por delante, corto por detrás y con un cordón grueso alrededor. Sombrero de castor y faya negra con pluma: manguito de piel con lazo de faya.

El segundo vestido, núm. 7, es de diagonal azul oscuro, con ancho volante plegado y bullones encima figurando delantal de punta, separados los bullones por terciopelos negros: paletot corto de paño moscovita azul, forrado y guarnecido de petit gris como el manguito, que lleva el centro de paño. Sombrero moscovita de terciopelo negro y piel con sprit de pluma.

8. *Traje para recibir.*—Vestido de faya gris perla, lisa la falda por detrás y adornada por delante de bullones verticales separados por guarniciones de tono más claro, terminando el delantal un volante á pliegues con cabeza: chaqueta abierta en picos por delante y reunidos estos por lazos para dejar ver la camiseta. Gola de muselina: adorno de flores y plumas en el peinado.

9. *Traje para baile.*—Vestido de tarlatana rosa pálido, terminada la falda por volante plegado y dos encima más estrechos separados por bullon: este adorno termina por arriba con una cabeza rizada. El delantal le forman el volante ancho, un bullon y 7 volantitos. La túnica, recogida por flores, lleva un plegado y una ruche al canto; y la aldeta del cuerpo, tableada, repite este mismo adorno. Berta drapería con ruche á los dos bordes.

10. *Salida de baile.*—Talma de cachemir blanco forrada de piel, con plegado de faya alrededor ó con una tira de la piel misma: forma por delante vueltas ondeadas con un adorno de pasamanería cada una.

11. *Traje para reunion.*—Vestido de faya color de malva, adornado por detrás de dos volantes con doblez hacia afuera y vivo más claro, y por delante de un volante con biés, anudado de trecho en trecho á la pegadura, y desde él bullones verticales separados por ruches más claros. Túnica-delantal con volante al canto y cerrado por un lazo sobre la tabla de la falda: chaqueta escotada en cuadro, mangas hasta mitad del brazo, adornadas por lazos, y plegados interiores de tul y lazos malva en el peinado.

12. *Traje para baile.*—Vestido de tarlatana blanco, de cuerpo chaqueta escotada, bullonada en la espalda y pecho, y adornada de plegados de la misma tarlatana y rosas. Plegados semejantes adornan la primera falda, y rosas vueltas sujetan de trecho en trecho la túnica. Rosas en el peinado.

13. *Traje para calle.*—Vestido de vigoña gris con volante plegado y dos bullones; túnica cuadrada de atrás con biés alrededor y paletot dolman con grandes mangas de paño con piel renard plata alrededor. Sombrero de castor con pluma blanca.

14. *Vestido para calle.*—Vestido de terciopelo negro con túnica, adornada, así como la falda, de piel Skoung y grandes botones de pasamanería. Sombrero de terciopelo adornado de piel, cinta y pluma. Estos trajes llevan las faldas cortas para poder patinar con ellos: para la calle se dejan de media cola.

##### 15. BOLSA PARA EL CALZADO.

Se hace de lienzo crudo, ribeteados los bordes de tren-cilla encarnada y bordada de soutache encarnado: los dos niños que representa el medallón se bordan con encarnado á punto de contorno.

##### 16. CALENDARIO.—LABOR DE CAPRICHIO.

Esta forma de calendarios se ha generalizado mucho y se encuentra en todos los almacenes de papel: este va colocado sobre paño ó terciopelo, al que se fijan flores recortadas de cretona, y el borde se adorna con botones-clavos dorados ó de acero. Los números del año se bordan sobre una cinta blanca que se coloca entre las flores.

##### 17 Y 18. VESTIDO CON TÚNICA-MANTELO.

Croquis de la túnica, en el pliego de patrones.

Vestido de faya negra, de falda lisa por detrás y con volante plegado por delante, montada de la cintura casi estirada, excepto la gran tabla triple que ocupa el centro de atrás: el croquis ofrece con creces la disposición de los pliegues. Mangas correspondientes á esta falda con vueltas de terciopelo y plegado de faya: túnica y coraza de terciopelo negro, la primera recogida en pliegues por los lados, y cuyo modelo ofrece por separado el número 18.

##### 19 Á 21. VESTIDO CON TÚNICA Y CHAQUETA.

Patron: en el pliego de patrones por el derecho, núm. I, figuras 1 á 6.

Vestido de paño azul ó de belga azargada con volante orillado de un biés de franela azul y verde, y otro volante más pequeño encima ó bullones separados por frunces. Túnica de franela, de cuadros como los bieses, orillada de biés de paño azul, de 6 cents. de ancho, y el paño de adelante ribeteado en sus orillas, y figurando unido por botones á los restantes: la túnica va además abierta por detrás y unida por lazos. Chaqueta con mangas ó sin ellas, para dejar ver las de paño, iguales á la primera falda, guarnecida como la túnica y con las vueltas de manga de la tela contraria á ellas. El biés de la chaqueta tiene 3 cents., y él mismo adorna los delanteros de la aldeta, prolongada en presillas ó patas. Esta combinación puede hacerse en dos telas distintas, como la presenta el grabado, ó en dos tonos de una misma. El lazo núm. 21 puede servir de modelo para los que adornan este mismo traje.

JOAQUINA BALMASEDA.



#### UNA DEUDA DE VEINTE AÑOS.

(Continuación).

La mañana que siguió á tan tormentosa noche, en nada se le parecía; el cielo ostentaba ese azul purísimo de los países meridionales: la tierra, agradecida á la benéfica influencia de las lluvias, exhalaba embriagadoras emanaciones, y las plantas aromáticas que tapizaban el bosque, enviaban en alas de la brisa matinal deliciosos y vivificantes perfumes.

Por más que los habitantes de la casita rústica fueran naturalmente madrugadores, como lo son todos los campesinos, mucho más había madrugado el forastero.

Aun no habían palidecido completamente las estrellas, cuando el joven dejó el lecho, y tomando su caja y sus pinceles, salió silenciosamente de la casa yendo á colocarse junto á la mesa rústica, situada bajo el álamo que ya conocemos.

Una vez allí, improvisó un caballete con algunas ramas del árbol, poniéndose á dibujar el boceto de un paisaje, corriendo su mano sobre el lienzo con una rapidez

nerviosa. Pronto se vieron aparecer en él árboles, rocas y arbustos en últimos términos, mientras en el primero se reconocían aquel mismo álamo que servía de caballete, la mesa situada al pie y la casita en la que el pintor había pasado la noche. Agrupadas en torno del árbol se miraban algunas figuras que podían tomarse por el campesino, su esposa y sus hijos: el artista había tenido cuidado de colocarlos de modo que el rostro no exigiera una gran exactitud, únicamente el hermoso semblante de la niña Margarita tenía un sorprendente parecido. Aquellos eran sus bellísimos ojos azules, sus rubios y ensortijados cabellos, su encarnada boquita sonriente y los graciosos hoyitos de sus redondas mejillas. Verdaderamente maravillaba la semejanza, si se tiene en cuenta que no estando presente el modelo, sólo una prodigiosa memoria podía dar tal resultado.

Coronaba el todo un cielo plomizo y tempestuoso cual se lo presentamos al lector al comienzo de esta historia; pero más sombrío, más recargado aún de neblinas nubarrones que lo había estado en realidad. La imaginación del pintor trasladaba al lienzo algo de lo que él, sin duda, había sentido al verse sólo en medio del bosque durante las primeras horas de la tempestad.

El cuadro, en verdad, distaba bastante de ser una obra maestra; pero revelaba el génio, y á no dudarlo, el mancebo prometía ser un pintor de mérito, pues el dibujo era correcto, los toques atrevidos y se notaba originalidad y gusto en los detalles.

Cuando la familia que le había dado albergue vió que no se hallaba en el lecho, tuvo un verdadero pesar, creyendo que, avergonzado de su pobreza, se había marchado sin despedirse; y no fué poco grata su sorpresa al encontrarle en su improvisado taller al aire libre, dando las últimas pinceladas al lienzo.

Agrupáronse todos en torno suyo para mirar su obra, y el padre sobre todo, no se cansaba de contemplar el infantil semblante de la niña, que, destacándose del cuadro, parecía sonreírle.

—Sois todo un maestro, le decía el leñador entusiasmado, y á fé que en la iglesia del pueblo hay maddonas que habrán costado gran número de piastras sin estar tan bien pintadas como mi Margarita.

—Y qué pensáis hacer con ese precioso cuadro? decía la madre con sentimiento, pensando que el joven se llevaría aquella bella pintura.

—Es para vos, señora, contestó el mancebo.

—Para mí! Ah, señor! Nosotros no somos bastante ricos para tener lienzos como los hay en las iglesias.

—Desgraciadamente, señora, respondió el pintor, mis cuadros aún no se compran; pero nada poseo, y sólo puedo pagar vuestra generosa hospitalidad dejándoos un recuerdo de mi agradecimiento, y llevando impreso en mi memoria el beneficio recibido.

Desayunáronse todos juntos: Marta puso en el modesto equipaje del forastero algunas provisiones, y al separarse los niños le abrazaron. El padre le dió su bendición, como hubiera hecho con su propio hijo, y durante muchos días se habló en la casa del leñador del joven desconocido.

## II.

### SEGUNDA PARTE.

Pasaron veinte años, y el mancebo que hemos visto hospedado por caridad y pagando su albergue con una mediana pintura, se hallaba ya en medio de la carrera de su vida.

Con una voluntad de hierro había logrado vencer los obstáculos que se atravesaron en su camino, y cuando volvemos á encontrarle, su nombre era pronunciado con veneración en toda la Italia.

Gran artista, génio creador, sus cuadros se admiraban en Roma, y los Carraci, Guido, Albano y Domenichino, le respetaban como á su maestro.

Para elevarse á tal altura tuvo que sufrir todas las contrariedades, todos los sinsabores que trae consigo la pobreza; y tan honda huella habían dejado las miserias en su espíritu, que hasta sus obras se resentían del estado de su alma.

Los lienzos que mayor gloria habían dado á su nombre eran notables por su sombría grandeza.

En aquellos en que dominaba el paisaje, la naturaleza se ofrecía á las miradas erizada de rocas gigantescas, de profundos valles y precipicios aterradores.

Cuando las figuras humanas entraban en la composición de los asuntos, estas figuras estaban revestidas de una severidad tal, que rayaba en dureza: era, en fin, el pintor de esas luchas en que no hay cadáveres: de los suplicios en que no se ve sangre, ni miembros despedazados, luchas y suplicios del espíritu contra las miserias de la vida.

En su juventud, cuando empezaba á ser conocido, tuvo un momento de entusiasmo por amor á la libertad de su





Pl. 233.

1154

EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras.*  
 Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid







patria; alcanzó como premio, después de la muerte de Masaniello, á quien se había unido, una orden de prision; y para escapar al peligro de morir quizá en un cadalso, tuvo que espatriarse yendo á Roma, donde, pobre y sin proteccion, sufrió nuevos sinsabores.

En la ciudad eterna volvió á emprender su laboriosa vida de artista, y al fin llegó un día en que vió coronados sus esfuerzos, empezando á gozar la consideracion que merecia su talento.

Pero ya era tarde. En los abrojos del camino habia dejado trozo á trozo el albo ropage de la sensibilidad y las creencias. Su carácter altanero y un tanto sombrío, concluyó por tornarse sarcástico y mordaz: críticas escritas contra las muchas medianías del arte que abundaban en Roma, le crearon enemigos terribles, y para librarse del puñal del asesino pagado por sus contrarios, se vió en la necesidad de huir de las orillas del Tiber tan precipitadamente, que ni aún pudo proveerse de los recursos necesarios para el viaje, saliendo de la ciudad con sólo algunas piastras y el vestido que tenia puesto.

Era una larga y fria noche de invierno. Anduvo toda ella al galope de su caballo y seguido de cerca por sus perseguidores, que, grandemente recompensados, querian ganar en regla lo que habian recibido.

Descansó algunas horas en una pequeña aldea, mas para pagar la posada y el pienso del caballo, gastó el poco dinero que llevaba, volviendo á ponerse en camino lleno el corazon de amargura y el cuerpo fatigado, sin saber á qué punto dirigir sus pasos.

Caminaba hacia ya mucho tiempo con la cabeza inclinada sobre el pecho, y sumido en una sombría desesperacion, cuando su mirada distraida se fijó casualmente en el paisaje y creyó reconocerle. Con efecto, pasaba en aquel momento por la parte del bosque en que, veinte años ántes, un muchacho le habia recogido obligándole á guarecerse en su casa contra la tormenta, albergue que él habia estado á punto de rechazar por no tener con qué pagarle.

¡Cuán dolorosos y tristes pensamientos suscitó en su alma la evocacion de estos recuerdos! Todas las privaciones de su juventud, todos los obstáculos que habia tenido que vencer para crearse un nombre, la ingratitud de sus conciudadanos, y el odio inmerecido de que entonces era objeto, pasaban ante sus ojos en confuso torbellino, haciendo vacilar su razon.

Debilitadas sus fuerzas físicas por la larga jornada de la noche anterior y la lucha moral que destrozaba su espíritu, un vago malestar empezaba á molestarle. La tierra daba vueltas en derredor suyo, y faltando la luz á sus ojos, cayó al suelo perdido el conocimiento.

Cuando al cabo de muchas horas, recobró la memoria y pudo darse cuenta de su estado, se encontró en una humilde estancia y le pareció que no la veia por primera vez. A la cabecera de su lecho se hallaba sentada una anciana de blancos cabellos, cuya mirada fija y sin brillo daba á conocer que era ciega. Cerca de la buena mujer, un hombre en pie le examinaba con atencion como si tratase de recordar su semblante.

Así que se hubo hecho cargo de las personas pasó á los objetos, y vió con bastante sorpresa que las paredes de la estancia estaban salpicadas de pequeños lienzos y láminas de cobre, cubiertas de dibujos más ó menos acabados, pero que en todos ellos se revelaba cierto mérito.

Cuando con mirada conocedora iba pasando de uno á otro, para comparar los progresos de la mano que los habia trazado, una exclamacion salió de sus labios: acababa de tropezar su vista con el cuadro que, veinte años ántes habia pintado para agradecer en lo posible el beneficio que le dispensáran los moradores de aquella misma casita el día que, huyendo del hogar paterno, se halló en medio de un camino sin abrigo ni pan.

(Se continuará).

SOFÍA TARTILAN.

## EL IRIS DE PAZ.

APÓLOGO.

Al Rey Alfonso XII.

Una hermosa nave cruza por el proceloso mar, y al viento dando sus velas tranquila bogando vá.

En Dios puesta la esperanza no ve el peligro asomar, y al piloto que se duerme lo sorprende el huracan.

Negras las nubes se tornan y empiezan á descargar; las olas se encrespan; ruge desatado el vendabal.

Y la nave, sin gobierno,

el rumbo perdiendo va, y en rompientes escondidas su casco puede estrellar.

La bandera se destroza, las jarcias flotando van, y los botes salva-vidas se traga furioso el mar.

¡Todo el viento lo destruye! ¡Solo la fé queda ya con la esperanza, pues tienen en cada pecho un altar!

Al ver seguro el naufragio la gente llorando está, y en el puente, de rodillas, á Dios invoca piedad.

El Dios bueno, el Dios clemente, refrena la ira del mar, apaga el soplo del viento, y cesa la tempestad.

Por entre las negras nubes una luz se ve brillar, y el iris corona el cielo, símbolo de santa paz.

Hincha la nave sus velas; otra vez á rumbo va, y los naufragos alegres al cielo las gracias dan.

La experiencia es gran maestra; y conviene no olvidar que el piloto que se duerme venir no ve el huracan.

Señor, España es la nave; pues la quiso Dios salvar y vais á ser su piloto, el timon firme llevad.

En vos los ojos pusimos, próximos á naufragar; nuestros votos oyó el cielo. ¡Vos sois el iris de paz!

TEODORO GUERRERO.

## LOS CELOS DEL KALIFA.

(TRADICION ÁRABE).

### I.

Hace muchos años, en 1240 de la Hegira, que vivia en Bagdad, Alder-Rahman-ben-Ismael, que por su extrema belleza y superiores dotes intelectuales, mereció el sobrenombre de *Brillante* entre las damas orientales que le habian oido preludiar en su laud y cantar bajo las palmeras que lucen en los alegres jardines de Bagdad.

Enamórose perdidamente de Ismael, Oumm-el-Bemine, esposa del poderoso Kalifa El-Oulid-ben-abd-el-Melik, quien sufría mucho, presa de la duda y del dolor de no ser por ella correspondido.

La hermosa Bemine queria todos los días ver en su cuarto á Ismael, y si á caso venia á verla Melik, escondia al bueno de Ismael en uno de los cofres que tenia á los piés de sus divanes.

Cierta día hicieron al Kalifa un rico presente de un collar de oro con brillantes y esmeraldas. Tan lindo halló Melik el regalo, que apenas si se atrevia á aceptarlo de gozo, y admirándole de hito en hito, le dejó sobre la mesa en que tenia su pipa, puso en esta unas cuantas gotas de ópio, y murmuró por lo bajo:

—Buen presente para mi Diosa Sultana!

Y mirando á uno de sus eunucos, en ademán de pedirle fuego para su pipa, le dijo con aire satisfecho:

—Ben-al-Kak: lleva esta caja á mi Bemine; dila que yo se la regalo... corre...! mal perro Cristiano!...

### II.

Cuando el fiel esclavo Ben-al-Kak llegó á la habitacion de la hermosa Bemine para cumplir las órdenes de su Kalifa y Señor, quedó sorprendido: la puerta estaba abierta de par en par. Comprendiendo lo que pasaba dentro del cuarto, entró muy despacio hasta las habitaciones del interior, donde se dejaba oír alguna que otra carcajada, algun que otro suspiro de amor. Kak, dirigiéndose hacia donde se oían aquellas carcajadas y suspiros misteriosos, encontróse frente á frente con el bueno de Ismael, que quiso ocultarse el rostro con el jaique que vestia, como si no estuviese bien desconocido con la palidez de la muerte que ya le cubria, efecto de su remordimiento. Ocultóse Ismael entre las hojas de una puerta, y Bemine, que notó todo esto, lo escondió en el cofre de costumbre.

Pero ya era tarde para guardar aquel secreto.

El esclavo se habia apercibido de todo, y penetrando hasta la sala donde estaba Bemine, presentó el collar á la Sultana, diciendo:

—Señora, os pesará bastante el regalo de esta joya que me manda daros el Kalifa.

Indignada con tanta osadía la Sultana, sin saber que el esclavo conocia lo que en aquel instante pasaba en su alma, le hizo salir inmediatamente de su cuarto, diciéndole con tono arrogante:

—Sal de aquí, criatura indigna, mal perro judío!... ¡Te cortarán la cabeza por haberte atrevido á pasar hasta aquí sin mi permiso!

Y el esclavo, ardiendo en ira, salia de aquel aposento determinado á tomar una formal venganza.

### III.

Media hora más tarde entraba en el salon del Kalifa.

El sultan estaba tendido sobre un divan de rojo terciopelo, con los ojos cerrados por la fuerza del ópio. A las pisadas del esclavo, el sultan despertó:

—Qué traes por aquí, maldito Kak! le dijo.

—Señor: ví hoy á un hombre conversando con familiaridad con vuestra esposa la sultana. Encontré á ambos solos en su aposento cuando fui á llevarle el collar de oro. El se sobrecogió con mi presencia y trató de esconderse creyendo que yo no le llegaria á ver, y la sultana lo escondió precipitadamente en el cofre negro que tiene en su cuarto.

Oyendo estas palabras, el Kalifa, en vez de enfurecerse contra su mujer, descargó su cólera contra el esclavo, y en un acceso de desesperacion y de duda, le replicó:

—Miserable!... ¡Tú mientes, perro infiel!

Y dirigiéndose á los guardias del palacio, gritó á un jefe:

—Ahora mismo, cortad la cabeza á ese infame.

Y un momento después, la cabeza del desgraciado Kak rodaba por el patio del palacio cortada por el alfanje de un genizaro...

Terminada la fatal ejecucion, se levantó el sultan, calzóse las pantuflas, y se dirigió al aposento de su amada, que se estaba acicalando; sentóse frente á ella sobre el cofre que le habia designado Kak, el esclavo, y le preguntó:

—Por qué tienes tanta predileccion á este cuarto?

—Porque tengo en él todas mis ropas, mi tocado y hasta mis joyas—le replicó:

—¡Quieres—añadió Melik,—darme uno de los cofres que guardas en este cuarto?

—Podeis escoger, señor, el que más os agrade de todos estos, á excepcion de ese en que estais sentado.

—Pues este precisamente es el que yo queria.

—Ya sabeis que es un recuerdo de mi madre...

—Ya lo sé; pero es el único que me es necesario.

—Ah!... si tanto lo deseais, ya es vuestro, podeis hacer de él lo que os dé la gana,—añadió la sultana después de un momento de visible exaltacion.

Y el Kalifa, haciendo una señal á los negros que fuera de la habitacion aguardaban, les dijo:

—Entrad, coged este cofre y acompañadme.

El semblante de la sultana se afectó de tal manera, que su rostro quedó desfigurado desde el momento en que oyó la orden del Kalifa, y Melik que habia notado esta rápida trasformacion, mirándola frente á frente, la cogió por las manos y le preguntó:

—¿Qué tienes?... Por qué te afectas? ¿Acaso guardas algun secreto en ese cofre que tú quieres ocultarme?

—No, señor; nada de eso... perdonadme... no tengo nada en el que me sea caro. Si mi cara se altera, si mi espíritu se conmueve, si yo vacilo, es porque me siento mala....

Y Melik, fijando en ella una escudriñadora mirada, la respondió:

—Alá te curará; lo entiendes?—y salió en direccion á la sala del consejo.

### IV.

Cuando el Kalifa entró en sus habitaciones, ya estaba el cofre colocado en el centro del pavimento.

—Vamos hasta este patio, y aquí, junto á esta puerta, abrid un agujero como de tres varas de hondo.

Los negros cavaban y sacaban tierra en unas espueñas que vaciaban en otro patio contiguo.

El Kalifa, sentado sobre un divan, con la pipa estendida hasta unos cojines, fumaba en soñolienta pesadilla, con la cabeza cargada por el ópio, y el corazon oprimido por la duda y el pesar.

Habia pasado un buen rato, cuando los negros le sacaron de aquel éxtasis, anunciándole que ya estaba el hoyo terminado.

—Pues meted en él ese cofre y tapadle bien: buscad una losa pesada y colocadla encima; después, que dos de vosotros quede aquí vigilando este patio durante cuatro días.

Y los negros, á las primeras palabras del Kalifa, empujaron con el pie el cofre, que cayó en el fondo de aquella sepultura.

El Kalifa murmuraba por lo bajo:

—Me han hecho una horrible delacion; si es cierta, que



Sea ese cofre tu caja mortuoria, que el gran Alá es quien te condena... si la delación es falsa, no se pierde entonces más que unos cuantos vestidos de mi Diosa Bemine. Los negros rellenaron el hoyo de tierra, y colocaron sobre ella una enorme baldosa, y concluido este acto, el Kalifa se retiró á las habitaciones del consejo, comenzó á dar audiencia al pueblo, y á la hora de comer entró en su cuarto, donde los dos esposos confundieron sus almas en una comun alegría, continuando siempre en la más dichosa paz que unió á estos dos seres hasta la hora de la muerte.

## V.

Hasta aquí la tradición que sobre esta tragedia árabe corre entre las ancianas gentes de Bagdad. Del poeta Rahman-ben-Ismael nadie ha vuelto á saber. Lo que sí consta es que la hermosa Bemine escogió el pátio donde se sepultó el cofre para hacer uno de sus jardines predilectos, y malas lenguas murmuraron que más de una vez han visto á la sultana arrodillada sobre la losa que

—Ay!..... hasta las golondrinas han aprendido mi nombre!.....

NICOLAS DIAZ Y PEREZ.

## LA LITERATURA DRAMÁTICA.

No tomamos la pluma para lamentaciones inútiles, porque no somos pesimistas ni queremos creer, como algunos, que la literatura dramática está en decadencia en nuestra querida patria.

Es cierto, y lo confesamos con gran ingenuidad,

faltas que pudieran cometerse. — Por lo demás, autores dramáticos tenemos y autores de nota que honran la época contemporánea, como Lope y Calderon honraron la suya y atrajeron la imitación de naciones cultas. Hoy los nombres de Breton, unidos á los de García Gutierrez,

por envidia, y lo decimos con orgullo patrio, pretenden tachar de atrasada nuestra brillante escena. ¡Quién es capaz de imitarla? ¡La Inglaterra con sus obras de argumentos pesados y de poco interés, su poca poesía; la Francia con sus dramas patibularios, escenas grotescas y hasta

escritas; pero que si instruyen, no lo hacen por medio del deleite, como exige con propiedad el arte dramático! No; la literatura dramática no está en decadencia, porque si bien se presentan en nuestros coliseos obras poco conformes á tan sublime arte, que son generalmente ridículas imitaciones de obras francesas, donde solamente la pasión se halaga, y donde la moral no lleva la mejor parte; otras sirven de ejemplo al teatro extran-

las obras por nuestros artistas, harán desaparecer completamente el mal gusto que en algunos reina. Porque esto último, por fortuna, no es lo más general, hoy en que la crítica sensata parece hacerse lugar decayendo visiblemente ese género que sólo en una época de delirio, y estas épocas pasan pronto, ha podido levantarse en la apariencia para dar más esplendidez con su vergonzosa caída al arte verdadero, sol refulgente que ilumina la sociedad, de la que es verdadero reflejo.

En España, donde todo es serio, donde los caracteres se amoldan poco á la impropiedad y á la exageración, así como tampoco á lo que no es digno ni decente, no puede ni importarse ni llegar á ser un hecho lo ridículo é impropio, y reciente tenemos un ejemplo con la decadencia del género bufo, cuyos últimos restos se conservan en esos mal llamados teatros, que ya las autoridades debie-



6. Traje con paletot matalesé.

7. Traje con paletot adornado de piel.

8. Traje para recibir.

9. Traje de baile.

10. Salida de baile.

11. Traje para reunión.

12. Traje para baile.

13. Traje con paletot de terciopelo y piel.

14. Vestido con túnica de terciopelo y piel.

cabren las palmeras y cipreses del jardín, con la vista fija en el cielo y las manos cruzadas sobre el pecho, suspirando y llorando con gran pesar; mientras otras personas cuentan que la sombra de Rahman-ben-Ismael, recorre todas las noches los laberintos enramados del jardín, y á la hora del alba canta las baladas más preciosas que han oído los mancebos de Bagdad..... Cuando la hermosa Bemine las oye por entre las enramadas de su jardín, exclama:

que hemos atravesado y estamos atravesando quizá un período de verdadera transición, porque la literatura, como las ideas, tienen su período de reforma, y en estos, muy bien llamados períodos de transición, las medianías tienen alguna acogida, si muestran algo de inventiva, algo que innove, porque hoy la novedad parece en algunos casos cubrir con un tupido velo algunas ligeras

Eguilaz, Retes, Echevarría, Zapata, Escrich, Rubi y otros, cuya enumeración sería prolija, corren de boca en boca, y seguros estamos que admiran los mismos que hoy

inmorales, y la Italia con su lirismo exagerado y ese decaimiento de caracteres que no es dable resistir á ningún espectador! ¡La Alemania con sus obras magistralmente

jero, que en vano pretende seguir nuestras huellas.

Y esto es obvio, pues en los demás países sólo se busca el medio de halagar las pasiones sin tratar de ridiculizar los vicios de la sociedad, que es el objeto primordial del teatro.

Los esfuerzos de nuestros primeros literatos, el buen sentido de los espectadores y la recta interpretación de

ran haber hecho desaparecer; esos, que bien pudiéramos llamar inmundos lupanares, donde se corrompen las buenas costumbres y el arte sublime de Lope y Calderon.

Nuestros literatos, cuyas buenas cualidades todos conocemos, enalteciendo la historia patria con dramas como *Doña Urraca*, *La Beltraneja*, *El Castillo de Simancas*, *La Campana de la Almudaina*, etc., procurando reformar las costumbres con comedias como *El Cura de Aldea* y *La Cruz del Matrimonio*, y tantas y tantas como



enriquecen nuestra escena, colocan muy en alto el nombre del Teatro español, haciendo que sobresalga sobre todos los teatros extranjeros.

Y es que nuestro género es especial, y propio nuestro carácter para armonizar lo útil con lo agradable.

Nosotros tenemos la poesía de los árabes, unida á la filosofía de los godos, el ardor guerrero de los romanos, el afán emprendedor de los fenicios; y estos diversos caracteres armonizados entre sí, particularmente en la escena, dan por resultado el cumplimiento de una de las reglas de estética, que es la unidad en la variedad, presentando con gran verdad los acontecimientos de la vida humana, y reflejando las costumbres ante una sociedad, que al estudiar un drama en escena, se estudia á sí misma, ó compara las diversas épocas que se han venido sucediendo y que á la espectación se presentan.

En el género lírico-dramático, tampoco tendríamos mucho que ceder á otras naciones, si supiéramos utilizar los grandes elementos con que contamos, pues no carecemos de artistas, ni en cuanto á la composición ni á la ejecución. Testigo de esto mismo son las bonitas y bien escritas zarzuelas, algunas de ellas verdaderas obras de arte, tales como *Marina*, *El juramento*, *Los diamantes de la corona*, *Jugar con fuego*, y otras muchísimas que la poca extensión de un artículo de esta índole no nos permite enumerar, ni mucho menos hacer una crítica que habia de serles muy favorable.

Restáanos para terminar, consagrar un recuerdo á los artistas españoles, cuyos desvelos para mejorar nuestro teatro, en union con los de los autores y empresas son de todos conocidos, y cuyos nombres nos costaría trabajo citar, por no herir su proverbial modestia. Sin embargo, no queremos dejar de hacer mencion de las señoras Doña Matilde Díez, Doña Teodora Lamadrid y Doña Elisa Boldun, y los Sres. Catalina, D. Antonio Vico, Calvo, Buron y otros muchos, así como en el lírico del Sr. Obregon, sintiendo no recordar en este momento tantos como quisiéramos, y cuya lista seria un mentís para los que intentan probarnos, siquiera con sofismas sea, la supuesta decadencia de nuestra escena.

Reciban todos nuestros plácemes, recíbanla tambien las empresas, y continúen por ese buen camino, desterando de una vez para siempre esas asquerosas producciones que se han intentado introducir del extranjero, y que solo en teatros cuyo nombre no queremos estampar por no manchar nuestras columnas, pueden tener cabida.

BERNARDO APARICIO.

## EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuacion).

XVIII.

EL TESORO DE DOÑA RUPERTA.

Aquella misma noche, mientras los truenos llenaban de pavor á los viajeros que cruzaban por las entrañas de la tierra, y á los que vagaban por el bosque solitario, estremecian tambien el corazon y turbaban el sueño de los pacíficos habitantes de Inestrellas.

Cernia la tempestad sus negras alas sobre el antiguo caseron en donde Doña Ruperta habia contado las lentas y silenciosas horas de su vida, pareciendo concentrar allí toda su furia.

Los inflamados nubarrones divididos en dos falanjes, se disputaban el imperio de aquella parte de cielo; cruzábanse de un lado al otro los relámpagos, respondíanse unos á otros los truenos, y era tan siniestra la fugaz iluminación, tan horrrisono el estruendo, que parecia que en aquel combate de titanes debiese quedar destrozado el universo.

Los encontrados vendabales, no contentos con amontonar nubes sobre nubes, corrían mugiendo de un lado al otro, y ya pasando sobre un bosque arrancaban de raíz cien árboles, y despojaban á los demás de sus hojas, ya rompían el cáuce de un torrente que bajaba despeñado á trasformar en laguna la campiña, ó ya desprendían de su base enormes peñascos, que caían rodando de precipicio en precipicio, hasta ir á dar con lúgubre estruendo á una profunda sima.

Nunca una tempestad tan violenta habia encapotado el cielo azul y sereno de Inestrellas. En cada casa, en cada choza ardía un cirio, ó cuando ménos una lamparilla delante de la bendita imagen que debia protegerla. Los ancianos rezaban con devota fé una oracion, las madres escondían en su seno las rubias cabezas de sus hijos que lloraban asustados.

Pero nadie estaba tan despavorido con la tormenta como los dos viejecitos guardianes del caseron de Doña Ruperta, que situado en lo alto de una colina, ó más bien

de un escarpado picacho, parecia contener una legion de espíritus invisibles.

Retemblaban puertas y ventanas; crugían las barras de hierro y los cerrojos; y las centellas, como atraídas por un mágico conjuro, atravesaban culebreando la llanura, para ir á enroscarse, á guisa de serpientes de fuego, en torno del alto para-rayos que ostentaba en una de sus torres, mientras en la otra giraba la veleta en todos sentidos, describiendo una danza diabólica y vertiginosa.

Cuantos fatídicos rumores produce la naturaleza en desórden, otros tantos subían centuplicados por los ecos á la solitaria mansion, entonando en puertas, ventanas y chimeneas un lúgubre concierto.

—Oyes, Juan? dijo de repente la vieja Brígida. ¿No te parece que han llamado á la puerta?

—Calla, mujer! exclamó Juan cubriéndose el rostro con las sábanas, como no fuese el diablo, ¿quién quieres que ande ahora por el mundo?

Brígida, que estaba arrodillada delante de una imagen de San Antonio, se hizo precipitadamente el signo de la cruz, murmurando:

—Qué cosas tienes, hombre! Nombrar al diablo cuando anda desencadenado por estos alrededores!

Un trueno mayor que todos hizo retemblar las paredes del edificio, y casi al mismo tiempo resonó un fuerte aldabonazo en la puerta exterior.

—Ves cómo llaman? exclamó Brígida.

—Déjame en paz, mujer, refunfuñó Juan. ¡No basta que los truenos no me dejen dormir, que has de venir tú tambien á fastidiarme! Que llamen cuanto quieran! ¡Yo no me muevo!

—Tal vez sea algun viajero extraviado! pensó la compasiva mujer, que en nada se parecia á Anacleto, la que juntamente con su esposo Ambrosio hacia tiempo que habia pasado á mejor vida. Tal vez sea algun vecino que necesite auxilio.... Dios dice haz bien y hallarás bien!... Bendito San Antonio, protéjeme!

Y la animosa anciana encendió un farol, atravesó corredores, galerías y patios, con exposicion de que la derribasen al suelo los furiosos vendabales, y llegando por fin junto á la puerta, preguntó quién era el que llamaba.

—Está aquí D. Simeon? preguntó una voz desde fuera. Si está aquí, dígame V. que soy Gaspar y que necesito verle, y sobre todo que nos dé asilo.

—Buen hombre, debe V. andar equivocado, respondió Brígida. No sé quién es D. Simeon, ni hay nadie más que mi marido y yo en el palacio.

—Tía Brígida, dijo otra voz, ábranos V. por Dios, esté ó no esté ese sujeto. No podemos ir más adelante, empieza á llover, y traigo conmigo, además de este pasajero, á una señora y á un niño.

Reconoció Brígida la voz del carretero, descorrió los cerrojos, quitó las trancas, y por fin abrió la puerta.

El carretero entró dando el brazo á Susana.

Las esperanzas de Gaspar se habian realizado por completo. Aquella violenta sacudida moral y física habia hecho que el espíritu de Susana despertara del profundo letargo en que estaba sumido. Se daba razon de todo, comprendía perfectamente su anterior estado.... Sus palabras eran coordinadas y sensatas, é iluminaba sus ojos la luz de la inteligencia. Venia dando la mano á Elías, y sonriendo con inefable júbilo.

Gaspar seguía detrás.

Cerró Brígida la puerta, y los condujo á la habitacion contigua á aquella en donde dormía su marido.

Juan, aunque dormilon y perezoso, no era ménos bueno que ella.

Levantóse así que oyó lo que pasaba, y bajó á la bodega para traer una botella del vino más añejo, que era á su parecer el mejor cordial para reparar las fuerzas de los asendereados viajeros.

Estrañábase en sumo grado á Gaspar que su cómplice no estuviese en el palacio, supuesto que por la mañana habia salido de la Aldea en aquella direccion.

—Sí que nos ha dicho el procurador que el amo habia vendido el palacio, respondió Juan á sus reiteradas preguntas, pero aquí no se ha presentado nadie.

Aprovechó el buen hombre aquella ocasion para recomendarle á Gaspar, suponiéndole por sus palabras íntimamente ligado con el nuevo comprador.

—Somos viejos, añadió, yo ya no puedo ganar un pedazo de pan con el sudor de mi frente, y si nos echan de aquí, tendremos que ir mendigando por el pueblo una limosna, como la mendigaron en sus últimos días Ambrosio y Anacleto, los anteriores conserjes del Palacio.

Prometióle Gaspar su proteccion con aire enfático y campanudo; y los viejecillos, ansiosos de congraciarse con él, no sólo sacaron cuanto habia en la despensa, sino que cuando se trató de recogerse, llevaron á Susana á la mejor habitacion de la casa, haciéndola acostar nada ménos que en el lecho monumental de doña Ruperta.

Elías, que no quiso en modo alguno separarse de su

madre, se acomodó en un ancho sofá que habia en la misma habitacion, y que bien podia pasar por cama.

Gaspar dispuso á Juan el alto honor de acostarse en su propia tarima, y en cuanto al carretero, se fué á pasar el resto de la noche con su mula, llevándola un buen brazado de paja y de cebada.

No habian sido pocas las fatigas del viaje, para que todos no se quedasen al instante dormidos, ménos Elías, que así que no sintió ruido por abajo, se levantó muy despacito y se fué á contemplar á aquella madre que habia hallado de un modo tan milagroso.

Reposaba Susana tranquila, y sonriendo en medio de su sueño, mecido sin duda por imágenes bellas y risueñas.

Brígida habia encendido una lamparilla delante de un Santo Cristo, suspendido encima de un reclinatorio de ébano, y á favor de la ténue claridad que esparcía en torno, Elías pudo absorberse en su muda contemplacion, con el pecho palpitante y las mejillas inundadas de lágrimas de gozo.

¡La que yacía sobre aquel lecho era su madre!

¡Tenia madre! No una madre como Jacoba, que le pegaba y le llamaba idiota, sino una madre que le habia estrechado contra su corazon, y le habia llenado de apasionadas caricias!

¡Tenia madre! Como los demás seres de la creacion, él tambien poseía su parte de luz, perfumes y armonías, que una madre simboliza todo esto! ¡Oh, con qué orgullo levantaba su infantil cabeza; con qué entusiasmo formaba mil propósitos de virtud para demostrar á Dios su agradecimiento!

Antes de todo, libertar á su anciano protector, al primero que le habia dado el nombre dulcísimo de hijo, despues estudiar para conquistarse un nombre ilustre, ser bueno para que su nombre fuese bendecido.

Pero la naturaleza humana es débil; la exaltacion de sus ideas cedió por fin ante el abatimiento físico. Conoció que necesitaba reposo, y pensó en volver de puntillas al sofá que le servia de lecho.

Entónces, tendiendo en torno sus miradas, vió lo que no habia visto en medio de su embriaguez, vió el aspecto lúgubre que ofrecía aquel aposento, apenas alumbrado por la pálida luz de la lamparilla.

La alcoba era inmensa y tapizadas las paredes de encarnado oscuro; el lecho, inmenso tambien, estaba casi cubierto de colgaduras encarnadas, que remataban en una corona de oro, ya empañada y ennegrecida. Como la alcoba, era inmenso el salon que la precedía, entapizado igualmente de encarnado. Un grande espejo oval y dos retratos, constituían el único adorno de sus paredes.

Elías tuvo miedo, y mil extrañas visiones empezaron á cruzar por delante de sus ojos.

El miedo es una aberracion del espíritu que se desarrolla en un instante, que va tomando en un instante fabulosas proporciones. Al través de su negro prisma, todos los objetos se agrandan y trasforman.

Elías, transido de pavor, quedó como clavado en su sitio, reteniendo hasta el aliento, porque su propia respiracion le causaba espanto.

Despues se acurrucó en un rincon de la alcoba, como si le persiguieran fantasmas invisibles.

Parecía que las figuras de los cuadros crecían, y saliéndole de sus marcos se adelantaban hácia el lugar en donde él estaba acurrucado.

En medio de aquella soledad, de aquel silencio, le parecia más imponente el estampido de los truenos que hacían retemblar el edificio, y los gemidos de los huracanes que silbaban á lo largo de las paredes. Hasta las aves de la noche mezclaban su voz siniestra al lúgubre concierto, llenando de desolacion el alma del pobre niño.

De pronto le pareció que uno de los lienzos de la pared se movía, que uno de los cuadros se destacaba verdaderamente de su sitio, y se adelantaba hácia él... ¡Cerró los ojos; los volvió á abrir!... ¡La horrible vision se mostraba á sus ojos cada vez más real y positiva!...

Entónces, entregado al parasismo del miedo, se escondió debajo de la cama y se cubrió el rostro con las manos.

No viendo, el inocentillo se creía salvado!

Pero luego, arrastrado por una irresistible curiosidad, alzó un pliegue de la colcha y miró...

¡Oh, entónces si que su terror fué inmenso; entónces si que se le heló la sangre dentro de las venas!

El cuadro se habia adelantado casi hasta en medio de la estancia. Aquel ángulo estaba oculto en la penumbra, que no bastaban á disipar los pálidos fulgores de la lamparilla. Junto al cuadro vió dibujarse confusamente una sombra humana.

Era una estatua? era un fantasma?

Parecia ser lo primero por su inmovilidad absoluta, Tenia el cabello erizado, los ojos fijos, las manos tendidas hácia adelante...



Más de dos segundos, dos siglos para Elías, guardó esta inmovilidad de espectro.

Luego adelantó algunos pasos, volvió á retroceder; adelantó de nuevo; de nuevo quedó inmóvil. De repente pareció tomar una resolución atrevida, y se dirigió hácia la alcoba...

Elías escondió la cabeza entre los pliegues de la colcha, pero aún así oía resonar sus pisadas sobre las losas del pavimento; aún así oía su respiración desigual y fatigosa.

Pero el espectro habló!

Su voz tenía un sonido metálico y siniestro.

--No es ella! murmuró, loco! Cómo había de ser ella?

Elías le oyó acercarse más, apartar las colgaduras é inclinarse sobre el lecho.

Creyó que iba á matar á su madre, quiso abalanzarse hácia él... No pudo!... ¡Estaba clavado en el suelo, como si le sujetasen cadenas de hierro!

Pero al ruido que produjo su movimiento, el espectro dió un grito, dejó caer la colgadura y retrocedió aterrado hasta en medio de la estancia.

Allí tropezó con una gran mesa redonda cubierta con un tapete...

Susana despertó á medias.

—Quién es! dijo entre sueños.

El corazón de Elías palpitó aceleradamente.

—Hombre ó fantasma, pensó, si se ve descubierto la matará!

Si á él le aherrojaban cadenas de hielo, cadenas de hielo debían aherrojar al espectro, por cuanto no dió ni un solo paso. Por el contrario, se deslizó de rodillas y tendió sus manos crispadas hácia el lecho...

Parecía implorar misericordia!

Durante algunos segundos solo resonaron en el aposento las voces lúgubres del vendabal y los chillidos de las aves de rapiña...

Por fin el fantasma irguió la cabeza con soberbio ademán, como si desafiase la cólera del cielo...

En aquella postura le daba de lleno la luz de la lamparilla.

Elías le reconoció. Era Simeon!

Disipóse como por encanto el pánico terror que le subyugaba, al persuadirse de que el que tenía delante de sí era un hombre y el hombre á quien buscaba.

—Dios me lo envía! pensó.

Mil extraños proyectos se agelparon á su cándida imaginación de niño.

Susana se había dormido otra vez.

Oíase su respiración igual y tranquila...

Simeon se levantó, echó á andar hácia atrás, como si no quisiera ver á la que yacía sobre el lecho, apagó la lamparilla y salió del aposento.

Sin darse á sí mismo cuenta de lo que pensaba hacer, Elías se deslizó tras él...

Desde que no se trataba ya de espectros [ni de cosas sobrenaturales, había recobrado todo su valor, aquilata-do con su vida errante y vagabunda.

Bien debía conocer Simeon las entradas y salidas de la casa, porque así que atravesó los umbrales de la estancia, se irguió con ademán resuelto, y recorrió sin vacilar una vasta galería, á cuyo extremo había una puerta.

La puerta estaba cerrada con llave.

Sacó una daga, hizo saltar la cerradura; abrió, entró; volvió á cerrar, y dió vuelta á la linterna sorda que llevaba pendiente del cinto.

Elías, que había quedado á la parte exterior, aplicó los ojos á la cerradura.

Aquel era un inmenso salón, lleno de cuadros que representaban personajes de cuerpo entero, lo que les daba una pavorosa majestad. En un ángulo había un alto entarimado, y sobre el entarimado un sillón de brazos revestido de terciopelo encarnado.

Aunque Simeon se dirigió resueltamente hácia aquel sitio, se paró á alguna distancia.

Parecía que un espíritu invisible le rechazase. Tres ó cuatro veces sacó el pañuelo para enjugarse el frío sudor que corría por su frente.

Dominóse por fin, acercóse al entarimado, quitó el sillón y lo puso á un lado, y luego quiso quitar la tarima. Un objeto que resbaló por ella y fué á caer de golpe en el suelo, produjo un ruido sordo que repitieron lúgubremente todos los ecos de la estancia.

¡Era el huso de Doña Ruperta, el alegre huso de otros tiempos, que sabía burlarse tan bien de las comadres!...

¡El huso fiel no había vuelto á describir desde entonces sus aéreas y fantásticas cabriolas!

Pero la especie de gemido que despidió al caer, fué más elocuente para el corazón del que osaba profanar aquellos venerables objetos, que lo hubieran sido los anatemas de los hombres, si hubieran podido asistir á su culpable empresa.

Apoyó las manos en el suelo, inclinó la frente sobre el

pecho, y en medio del profundo sepulcral silencio, Elías oyó desde fuera las palabras inarticuladas que se escapaban de su pecho.

—Algun crimen! pensó el niño, ¡algún crimen está llevando á cabo! Pero yo estoy aquí! añadió con exaltada fé.

Creía ser un hombre y poder obrar cuanto quisiera! Tenía el corazón entero, la voluntad enérgica, atrevido el pensamiento.

Entretanto Simeon, que se había levantado, proseguía con ardor febril en su tarea.

Quitada la tarima, apretó un botón del pavimento. Apartóse al instante la losa, y dejó en descubierto una caja de hierro de regulares dimensiones.

Debía pesar mucho, porque al sacarla de su sitio las venas de sus manos y su cuello se hincharon, como si estuviesen próximas á romperse.

Registró con la luz la cavidad, y después que se hubo cerciorado de que nada quedaba en ella, hizo correr la losa, colocó en su sitio la tarima, puso encima el sillón, cargó el cofre sobre sus hombros, y se dispuso á salir del aposento.

Pero el hilo de la rueca se había enredado en sus pies., Rueca y huso le fueron siguiendo largo trecho, como si quisieran protestar contra aquel hurto impío.

Simeon se bajó con ademán colérico, rompió el hilo y arrojó aquellos dos mudos testigos de su delito al otro extremo de la sala.

¡Oh, entonces si que el ruido que produjeron al caer se pareció á un sordo grito de anatema!

Simeon dió vuelta á la linterna y salió de la estancia en medio de las tinieblas, cerrando tras sí la puerta.

La galería daba á un patio inmenso, y estaba cerrada con cristales.

Había temido indudablemente que la luz llamase la atención de los habitantes de la casa.

Marchó sin vacilar á lo largo de la galería, entró en el dormitorio de Doña Ruperta, y lo atravesó de puntillas.

Elías se deslizaba tras él, también de puntillas, y reteniendo hasta el aliento para no ser descubierto.

Cuando conoció que llegaban al boquete, abierto sin duda en la pared por medio de un resorte, procuró pasar delante y salir el primero, ántes que Simeon tuviese tiempo de cerrarlo.

Pronto se felicitó de haber sido tan cauto. Simeon se detuvo, y el lienzo de madera al volver á su sitio, produjo un ruido sordo.

Elías no pensaba en que no podría volver á entrar en el aposento en donde se hallaba su madre: no pensaba en que aquel hombre le mataría, si, como era probable, llegaba á aperebirse de su presencia; no pensaba más que en ver á donde iba á ocultarse, para dar parte á la justicia, y que esta le hiciese restituir los papeles concernientes á su viejo amigo.

Bajaron muchos escalones húmedos y resbaladizos, torcieron á la derecha, torcieron á la izquierda...

De repente el ancho corredor que atravesaban se iluminó con la luz rojiza de los relámpagos.

En una de las paredes había una especie de tronera ó ventana angosta que daba al campo.

Simeon apoyó el cofre en la tronera, quizás para descansar, y murmuró como hablando consigo mismo:

—Justo! Por aquí debió arrojar la cajita!

(Se continuará.)

## BIBLIOGRAFIA.

Nada más grato para nosotros, que somos tan amantes de la cultura patria, como hallar verdaderas obras de arte, en las cuales el estudio y la reflexión se aunan á una imaginación lozana y vigorosa. Así, pues, nos ha complacido sobremanera la lectura de la novela *Sensitiva* que acaba de publicar el aventajado literato D. Ubaldo R. Quiñones.

Aunque el novelista llama á la mujer *el cuarto enemigo del alma*, no por esto debemos quejarnos de sus razonadas apreciaciones, pues da gran importancia á la influencia que ejerce en el estado, en la sociedad y la familia, y si crea tipos repugnantes, ha sabido crear también el tipo puro é ideal de *Sensitiva*. En la imposibilidad de describir las muchas bellezas que encierra esta obra, recomendamos su lectura á las señoras, que hallarán en ella al par que grato solaz, ejemplos de virtuosa abnegación que imitar y saludables advertencias para huir de los peligros que el mundo las ofrece á cada paso.

Gran movimiento literario se observa también en las provincias, en donde son muchos y de verdadera importancia los semanarios que se publican. Entre ellos haremos especial mención del *Gran Mundo* y la *Revista Artística y Literaria* que ven la luz en Sevilla, *El Heraldo Gallego*, en la Coruña, y el *Album Literario*, en Santander. Este último, dirigido por el aventajado escritor don

Jerónimo Iglesias Pardo, y que cuenta entre sus colaboradores á los ingenios más eminentes de España, es un verdadero Album que contiene artículos, leyendas, historias y novelas, de modo que ofrece honesto recreo y saludables enseñanzas.

La primera obrita que ha publicado en sus columnas, es una leyenda en verso titulada *La huérfana de Alba-hermosa*, debida á la bien cortada pluma del Sr. Iglesias, y por la cual le enviamos nuestra sincera enhorabuena.

J.

Nuevas soluciones á las charadas *Silabario* y *Ramona*, insertas en el núm. 1.º de EL CORREO correspondiente al 2 de Enero, por las señoritas Doña Martina Gallego, de Castrodeza; Doña Juana Letamendi Moragas, de Valencia; Doña Prudencia Gonzalez, de Zaragoza, y D. Antonio Lopez y Ramajo, de Madrid, y las siguientes en verso:

Ramo de preciadas flores,  
Yo te coloco en mi seno,  
Porque tú espresas de lleno  
Los inocentes amores.  
Me embriagan tus olores,  
Mas si el día de mañana  
Osara hollarte una rana,  
Aunque eres cosa tan mona  
Te arrojará, aunque á Ramona  
Le diera alguna desgana.  
Por un libro—yo conozco  
De Roma al dictador Sila,  
Y á Sirio, brillante estrella  
Que sus luces nos envía:  
También he visto la lava  
Y la bala que horripila,  
Como he visto con placer  
El río que al mar camina.  
Pero tanto objeto vario  
Lo comprendo, por mi vida,  
Porque aprendí con afán  
El Silabario de niña.

ROSARIO HORE DE GASCÓ.

Valencia 4 Enero de 1875.

## CHARADA.

Es verdura tercera  
que la comemos,  
Y primera y segunda  
Todos tenemos.  
Y la mar cria  
El todo, que con olas  
Siembra la orilla.

RAMON GALAN Y MORENO.

## LOGOGRIFO.

Con cinco letras  
Que aquí verás,  
El logogrifo  
Resultará,  
Ser nombre propio,  
Y que en verdad  
El sexo fuerte  
Le ha de llevar.  
También con ellas  
He de formar  
Nombres y cosas  
Con variedad,  
Y si repites  
Una vocal,  
Parte de un árbol  
Se encontrará,  
Y cierta planta  
Medicinal.  
Hay una fruta,  
Un animal,  
Nombre de ópera  
Y una ciudad,  
Y si otra quieres  
Combinarás.  
Reptil, un nombre,  
Rezo además  
Que los cristianos  
Pueden llamar.  
Un adjetivo  
Que en mí no está,  
De tu persona  
Parte esencial,  
Y si te fijas  
También saldrá  
Nombre que ha sido  
De un gran sultan.  
Un verbo luego  
Y en singular  
Tiempo presente,  
Del mismo habrá.  
Seis apellidos,  
Y aun algo más,  
Una bebida  
Se nombrará.  
Un dios, un pueblo,  
Medida que há,  
Siglos pasados  
Había ya,  
Y en el presente  
Se suele usar.  
Y en fin, si buscas  
Pronto hallarás  
Lo que de Cádiz  
Llega á Ultramar.

Madrid 4 Diciembre 1874. ENCARNACION COUDER.

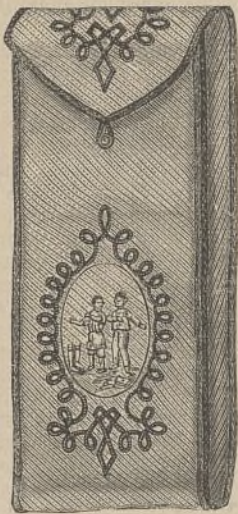


## CORRESPONDENCIA.

*Varias suscriptoras.*— Para quitar las manchitas negras que saltan de la máquina al tiempo de coser, basta mojar en benzina un pedazo de la misma tela y frotarlas ligeramente con ella.

*Una suscritora.*— *El agua nacarada de Ortelles* no perjudica de ninguna manera el cutis, pudiéndose usar durante largo tiempo sin temor de que haga daño.

*Monte de oro.*— El estilo Luis diez y seis para muebles empieza á pasar de moda, reemplazándose con el estilo Luis XV. Los de madera con filetes negros ó dorados son los de más novedad. El palisandro ya no se estila. Generalmente todos los muebles de una misma habitación deben ser iguales: supongamos, para un gabinete deben ser de la misma madera la cama, el armario de luna, la mesita de noche y el tocador, pues las sillas deben estar todas cubiertas de tela; por ejemplo, raso azul capitoné con bandas de paño ó terciopelo, adornadas con aplicaciones de colores vivos y bordados á cadeneta y soutache. En las demás habitaciones, la madera de la sillaería debe armonizar con la de los muebles.



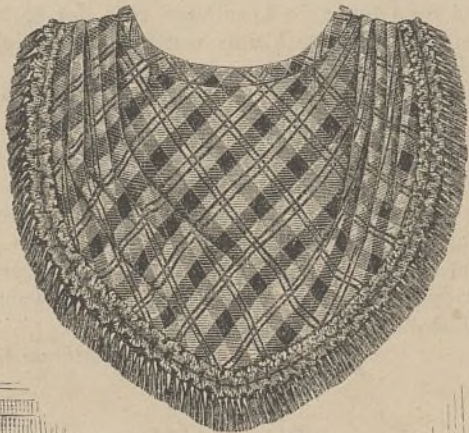
15. Bolsa para el calzado.



17. Traje con túnica mantelo.



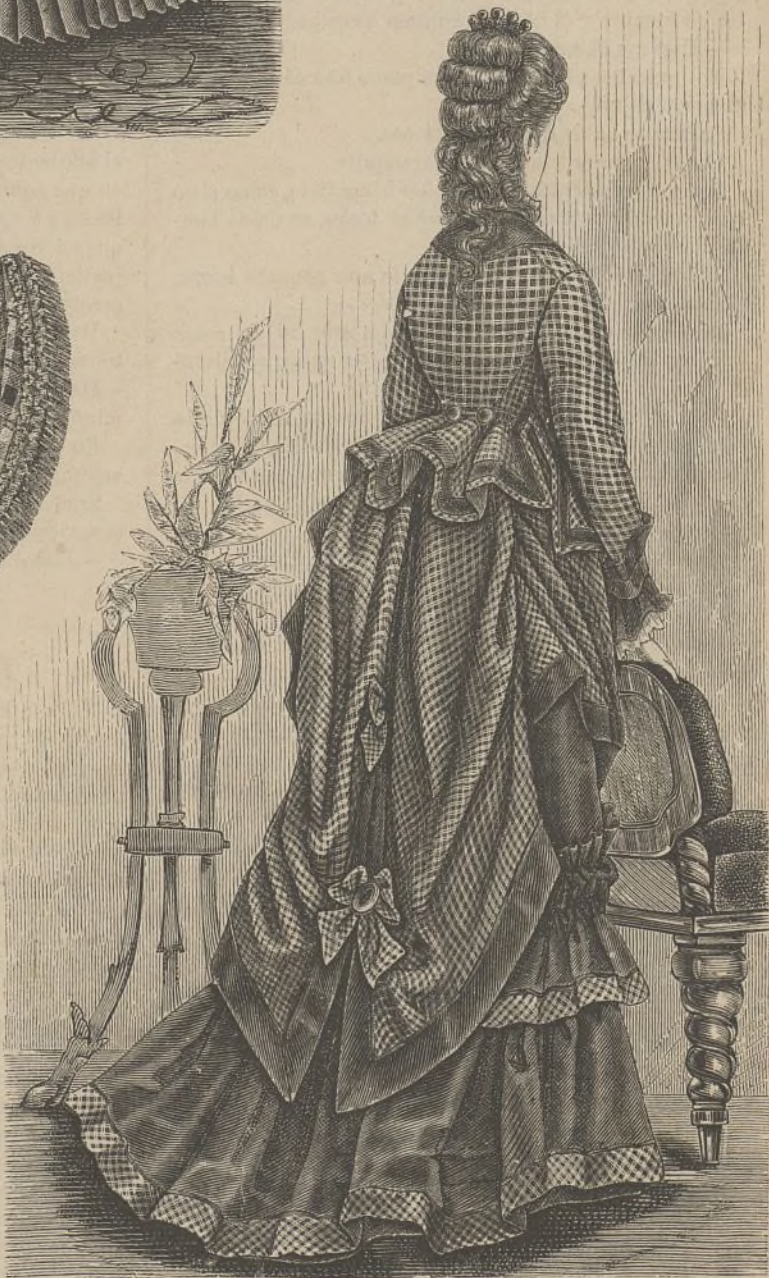
19. Vestido con túnica y chaqueta, visto por delante.



18. Túnica mantelo.



21. Lazo para adornar trajes.



20. Vestido con túnica y chaqueta, visto por detras.

## Explicacion del Figurin 1154.

**FIG. 1.<sup>a</sup> Traje de teatro ó reunion, para señora joven.**— El vestido es de gasa lila á rayas. La falda, lisa, lleva únicamente en el bajo una doble ruche de la tela. El cuerpo está abierto en forma de corazon, con berta de raso malva y gola camiseta de muselina blanca encañonada. Las mangas bajan lisas hasta el codo, en donde terminan con cartera de raso malva y un ancho encaje fruncido.

Echarpe de encaje blanco, anudado delante, y lazos de cinta de raso completan su adorno. Sarras de perlas realzan el peinado, una de cuyas trenzas queda sujeta en el pecho con un lazo.



16. Calendario de salon.

**FIG. 2.<sup>a</sup> Traje de baile.**—

Vestido de tarlatana blanca. La falda está adornada por abajo con cuatro bullonados salpicados graciosamente de rosas. La túnica no lleva ningún adorno. El cuerpo escotado, con largo peto adelante y atras, lleva berta de la tela tableada, y deja ver una camiseta de encaje, por el que va pasada una cinta rosa. Las manguitas cortas consisten en dos bullones. Una rica echarpe puesta en bandolera sobre el cuerpo, baja recogiendo el pouf, y termina en una escarcela blanca. Ramos de flores realzan la echarpe, el costado izquierdo del pecho y el peinado. Collar y pulseras de terciopelo negro con rosas; guantes blancos.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de la 1.<sup>a</sup>, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> el pliego de dibujos y patrones.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

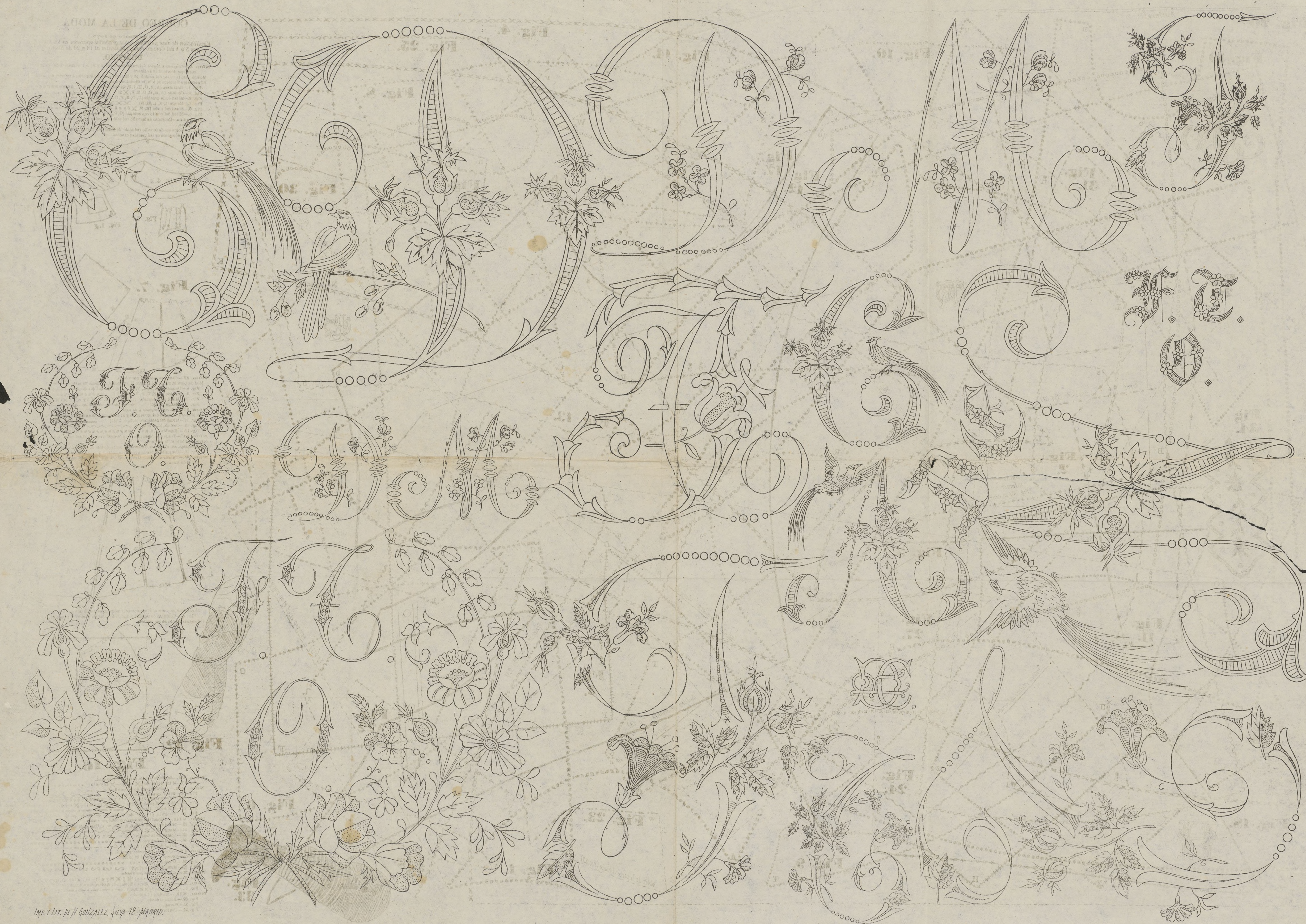
Tip de G. Estrada, C.<sup>a</sup>, Dr. Fourquet (antes Yedra) 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.









IMP. Y LIT. DE N. GONZALEZ, SIVIA-12-MADRID.

Ayuntamiento de Madrid